

# LA TRANSICION DEMOCRATICA EN ESPAÑA Y SU REENCUENTRO CON MEXICO

Albert Peláez

Trabajo para la Academia Nacional de Historia y Geografía

Jueves 9 de septiembre 2021

Como cada sábado el niño se despertaba con aquellas canciones mágicas. Eran destellos de voz que salían de las bocinas del tocadiscos antiguo y gris de los años sesenta en España.

Mientras el General Franco seguía construyendo pantanos, estampando su rúbrica en cada uno de ellos y en la calle se respiraban aires de represión, aquel niño dejaba volar su imaginación escuchando melodías que salían de las gargantas de Lola Beltrán y Pedro Vargas, y Pedro Infante y José Alfredo Jiménez y Jorge Negrete y Cri-Cri, sí también de Gabilondo Soler. Soler fue el que impregnó con más fuerza el alma del niño que, siendo español se soñaba mexicano sin aún conocer México, su México. Todo ello en la España triste de finales de los setenta.

Su abrevadero mexicano era su padre que viajaba una y otra vez sin descanso a México desde la lánguida España empezando a ser uno de los primeros hilos que se tejieron entre ambos países en los últimos setenta años.

En cada viaje que realizaba, sus maletas venían con algunas sorpresas. Discos, mapas para conocer el país, cerámica de Talavera, figuras de

barro que representaban a los dioses aztecas, olmecas, toltecas, mayas, zapotecas, mixtecas o tarahumaras. También algún llavero y sombreros chiquititos de plata de Taxco; obsidianas, deshilados, tequilas. Incluso limones, que él decía que eran del Caribe y algún chile para que el niño y sus hermanos fueran acostumbrándose a qué sabía México.

Cada vez que llegaba, la casa se convertía en una fiesta, el reconocimiento a la labor ímproba del hombre que guerreaba en los aviones para acercar más a los dos países y la ilusión que existía en el interés hacia un país que aquel niño y sus hermanos ya amaban aunque no lo habían visitado.

Pasaron los años y el veintisiete de septiembre de 1975, con tan sólo once años de edad, el niño vivió algo que aún hoy lo recuerda con vergüenza y horror. Franco mandó ejecutar en Hoyo de Manzanares, en Madrid, en Barcelona y en Burgos a cinco terroristas. Tres pertenecían al FRAP Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico. Y dos etarras. Vio la noticia en blanco y negro como era el país en ese momento, un país que respiraba anhídrido carbónico y ansiaba respirar oxígeno.

Muchas naciones ya habían condenado el régimen franquista y sus tropelías y excesos. Sin embargo, las ejecuciones, aquellas ejecuciones con el famoso garrote Bill o a tiros, fueron la inflexión de que el mundo le volteara la cara a una España que intentaba lamerse las heridas y al franquismo. Nadie quería reconocer a España. México tampoco.

El Presidente Adolfo López Mateos acuñó una frase que se hizo legendaria: “con España todo, con Franco nada”. Y el papel que jugó México en el restablecimiento de unas relaciones que jamás se

rompieron con el gobierno republicano español en el exilio, pero que estaban profundamente deterioradas con el régimen franquista, fue de vital importancia para que América Latina y otros países se sumaran al carro mexicano.

El antiguo embajador de México en España, miembro destacado del PRI y sobrino del Presidente Echeverría, Rodolfo Echeverría Ruiz fue uno de los principales hacedores del restablecimiento de las relaciones diplomáticas que quedaron interrumpidas tras la ejecución de los terroristas del FRAP y ETA. El encargo fue directamente del Presidente José López Portillo. La encomienda al embajador fue ardua, tal vez demasiado.

México y sus gobiernos habían rescatado a los españoles de una quema física e intelectual que dejó la dictadura. Recibieron a decenas de barcos llenos de españoles que tuvieron que dejar sus raíces en una España a la que ya no volverían

Nadie quiere dejar su país. Nadie quiere echar tierra de por medio ni mirar de escorzo a su familia, a sus amigos. Claro, a menos que sea inevitable. Por eso los miles de españoles que emigraron a México de manera forzosa, se encontraron con el hermoso Puerto de Veracruz de la Llave, en la que los jarochos les daban la bienvenida a golpe de puro, danzón y café de la Parroquia

El general Lázaro Cárdenas abrió los brazos a todos aquellos españoles y a su conocimiento. A Veracruz arribó lo más granado de la intelectualidad española. Y de Veracruz a la República. Los famosos “niños de Morelia” fueron algunos de ellos. El Colegio de México, hijo de la Casa de España en México fue otro de los embriones del asentamiento de los españoles en México, precisamente el Colegio de

México – de donde salieron mexicanos e hispano mexicanos relevantes, entre otros mi mujer – se convirtió en uno de los centros académicos más importantes de América. No en vano se le concedió el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en el 2001. Precisamente el Colegio de México con insignes intelectuales como Alfonso Reyes o Daniel Cosío, o El Casino Español que fue creado nada menos que en 1863 fueron dos de los puntos relevantes en las recientes relaciones entre México y España

El niño que nació ciento un años después del alumbramiento del Casino Español no sabía gran parte de todo lo que le estoy narrando amable público, pero lo aprendería años más tarde según se fue haciendo mayor.

La dictadura de Franco había hecho de España un país que sólo se miraba a su ombligo. Europa terminaba en los Pirineos, en la cordillera que separaba Francia de España. Eso era lo que decían en el Viejo Continente. Y así era. Y es que el autoritarismo de Franco fue el que creó una idea simple, marginal y despectiva de España

La recomposición de las relaciones diplomáticas iba a ser una de las tareas más difíciles en la construcción histórica de ambas naciones

Las administraciones mexicanas habían mantenido unas relaciones cercanas de amistad y cordialidad con el gobierno de la República española en el exilio. Una parte fundamental de la República se encontraba en el exilio francés. La Junta Democrática de España, con insignes líderes como Santiago Carrillo, Raúl Morodo o José Vidal Beneyto se encontraban en París. Aquellos líderes luchadores viajaban por todo el mundo para explicar cómo luchar contra el franquismo pero

sobre todo cómo organizar la transición a la democracia una vez que Franco muriera.

Esos mismos líderes viajaron a México en los años setenta en varias ocasiones. La última vez fue en 1975. Nació en ese momento una estrecha relación política entre la Junta Democrática y el PRI. En ese sentido la política mexicana ayudó de manera decisiva a restablecer aquellas relaciones. Porque a partir de ese viaje fue cuando se empezó a pergeñar el urdimiento de las relaciones entre ambos países.

El mismo embajador Rodolfo Echeverría tuvo la encomienda de viajar a París para establecer lazos de unión política del Estado Mexicano y el último gobierno de la República española en el exilio. El embajador Echeverría se reunió con el entonces presidente del Gobierno de España en el exilio José Maldonado. El objetivo era encontrar fórmulas políticas y jurídicas que permitieran que México y España pudieran reanudar sus relaciones diplomáticas

Sin querer, México se encontraba en una encrucijada. Franco se moría; agonizaba en la cama del hospital de La Paz, al norte de la capital española. Desde París la Junta Democrática, como desde España, parte de la clase política y el entonces aún Príncipe Don Juan Carlos organizaban todo para realizar un tránsito incruento hacia la democracia.

El embrollo mexicano se traducía en la estrecha relación que hubo con la República en el exilio, pero también con el compromiso histórico de la construcción de las relaciones con la España democrática. Se trataba de una España que ya buscaba el camino hacia la libertad y que la encabezaría a partir de 1976 Adolfo Suárez, un joven político que

encaminó junto con el Rey Juan Carlos I y otros actores, a la España del progreso y la modernidad.

El todavía presidente de la República en el exilio José Maldonado viajó a México invitado por el presidente de la República. En un discurso en los Pinos, con la voz entrecortada alcanzó a decir “las instituciones de la República en el exilio ponen término a la misión histórica que se habían impuesto. Quienes las han mantenido hasta hoy se sienten satisfechos porque tienen la convicción de haber cumplido con su deber”. La República en el exilio ponía su punto y final.

Eran enseñanzas para todos los españoles y por supuesto para aquel niño. Porque formaría parte de la historia de México y de España. Y el niño iría creciendo, así como también lo haría la propia historia de las naciones.

El 22 de noviembre de 1975 Don Juan Carlos I era proclamado Rey de España. Tenía tan sólo treinta y siete años. Cuando aquel día los parlamentarios gritaron “Viva España” “Viva el Rey” cayó sobre el monarca la responsabilidad ineludible de hacer una transición histórica de la dictadura a la democracia. El resultado fue impecable.

Había mucho por hacer. El joven político socialista Felipe González Márquez, quien luego sería presidente del gobierno por catorce años, vino desde el exilio en Francia con el falso nombre de Isidoro. Santiago Carillo líder del histórico Partido Comunista hizo lo mismo. Poco a poco los actores de la transición y del progreso fueron llegando a España.

El Presidente Adolfo Suárez, los ministros o consejeros como Torcuato Fernández Miranda, Manuel Fraga, José María de Areiza, Manuel

Gutiérrez Mellado, Leopoldo Calvo Sotelo, Enrique Tierno Galván y el Rey consiguieron que los políticos llegaran de su exilio y se legalizaran partidos proscritos como el PC. También consiguieron que se celebraran las primeras elecciones en 1976.

Adolfo Suárez era la apuesta subrepticia de Don Juan Carlos. Por eso tenía que crear un partido de centro que representara a unos y a otros sin distinciones, mucho más después de que España saliera del dolor de la guerra civil.

La Unión de Centro Democrático, la UCD era la apuesta centrista. Suárez venció y empezó a construir la democracia desde los propios cimientos. Las bases fueron los famosos Pactos de La Moncloa que se rubricaron en el Palacio de la Moncloa en 1977. Se trató de unos pactos modélicos desterrando a vencedores y vencidos y buscando el consenso de todos los partidos políticos. Se buscaba la concordia y la reconciliación del país después de una guerra y de una dictadura que duró cuarenta años.

Aquellos pactos, realizados por políticos que tenían un concepto global del estado, querían acuerdos en temas de estado. En economía, la inflación que se situaba en el veintiséis por ciento había que repararla. En lo político había que buscar la cercanía de los partidos más allá de sus ideologías para conseguir la unificación política española. En el apartado social, la consecución de los derechos de las mujeres que hasta ese momento los tenían muy cercenados y reformando el código penal con la despenalización del adulterio y el amancebamiento, es decir relaciones sexuales entre hombres y mujeres no casados entre ellos. Todo ello supuso el germen de lo que pocos años después marcaría la famosa ley de la despenalización del divorcio en 1981.

Los españoles caminaban juntos hacia la democracia salvando todos los obstáculos que había dejado el dictador. Todos o mejor dicho casi todos. El terrorismo vasco de ETA, que fue la gran asignatura pendiente del final de la dictadura, la transición democrática y de gran parte de nuestra historia reciente.

Euskadi ta askatasuna, ETA nació en 1958 tras la expulsión de miembros de las juventudes del Partido Nacionalista Vasco. El veintisiete de junio de 1960 asesinaron a la primera víctima. Se trató de la niña Begoña Urroz Ibarrola de veintidós meses de edad. ETA hizo explotar una bomba en la consigna de la estación de Amara, en San Sebastián, País Vasco. El régimen franquista atribuyó el atentado a “elementos extranjeros en cooperación con separatistas vascos y comunistas españoles” pero no. Dejemos sólo a los separatistas, pero los separatistas radicales y cruentos.

Muchos pensaron que ETA combatía el franquismo. La propia propaganda política de Franco así lo manifestaba y así lo hacía creer. Sin embargo, ellos mismos sabían que no era cierto. ETA nació bajo la rúbrica de la separación del País Vasco con el resto de España.

Los atentados de ETA no fueron numerosos durante la dictadura. El más sonoro fue el que cometió el comando Txiquia en diciembre de 1973 contra el entonces Primer Ministro Almirante Carrero Blanco. Los terroristas tardaron meses en urdir el atentado. Era demasiado sofisticado y no podían errar.

El coche blindado de Carrero circulaba por la calle Claudio Coello cuando una potente bomba estalló a su paso. El coche voló literalmente por los aires y Carrero murió casi al instante. Ese atentado de la operación bautizada como “ogro” enterró no sólo a Carrero Blanco sino

que fue la primera piedra para acabar con el franquismo. Franco supo que con la desaparición de Carrero se esfumaba también cualquier posibilidad de continuidad del régimen una vez que él muriera. Por eso también fueron las famosas lágrimas que derramó el día del funeral de su amigo.

Muerto el dictador ETA comenzó su verdadera actividad. Un día sí y otro también tenía al país en jaque encendiendo su máquina de matar. Lo hacía en toda España, aunque su objetivo principal era el País Vasco. Fueron conocidos los sanguinarios comandos Barcelona y Madrid especialmente en los años 90. El objetivo principal de los terroristas eran miembros de las Fuerzas Armadas españolas, pero también políticos, periodistas y magistrados. La población civil no lo era. Sin embargo hubo bajas. Entre otros cerca de treinta niños durante los años de terror. No hay más que recordar el atentado contra la casa cuartel de Vich o el de Hipercor. Porque ETA dejó cerca de mil inocentes asesinados y miles de familias destrozadas.

La democracia tenía que lidiar con un terrorismo que golpeaba todos los días los cimientos propios del Estado. Por eso y con un desempleo que cabalgaba a finales de los setenta en porcentajes por encima del veinte por ciento y con una inflación que llegó a rozar el treinta, el fantasma de un golpe de estado comenzó a cobrar fuerza.

A principios de febrero de 1981 los reyes de España Don Juan Carlos y Doña Sofía realizaron una visita oficial al País Vasco. En el Parlamento vasco, en la ciudad de Vitoria, el monarca se disponía a hablar en la cámara ante los diputados autonómicos de todo el espectro político vasco, entre otros los diputados independentistas, de Herri Batasuna, el brazo político de la extrema izquierda de ETA.

Cuando el Rey iba a tomar la palabra justo después de las pronunciadas por el entonces lehendakari Carlos Garaikoetxea, los independentistas comenzaron a cantar el himno vasco, el Eusko Gudariak, el himno al soldado vasco. El resto prorrumpió en un sonoro aplauso a favor del monarca. Fue el desencadenante de que ETA se había filtrado hasta en las instituciones vascas. Fue la chispa del intento del golpe de estado de 1981.

Aquel lunes de febrero hacía bastante frío. El niño ya adolescente lo recordaba muy bien como lo recordaron muchos españoles, amables académicos. Atesoraba en su cabeza todo aquello porque muchos años más tarde lo escribiría para ingresar en la ilustre Academia de la Historia y Geografía de México.

Adolfo Suárez dimitió a regañadientes cuando supo que no le quedaba más remedio mientras su partido, el que él había creado, la UCD se descomponía en mil pedazos tirando cada uno por su lado.

El país se deshacía entre la sangría económica y el terror de ETA. Había que actuar de inmediato. Leopoldo Calvo Sotelo era el nuevo delfín. Ese lunes se votaba en el Congreso de los Diputados la investidura del nuevo gobierno.

A las seis y veinte de la tarde, un guardia civil, el Teniente Coronel Antonio Tejero Molina irrumpió, pistola en mano con un puñado de adláteres, en el hemiciclo. Tejero secuestraba a los diputados y de esa manera a la propia democracia y a los españoles. Su objetivo era tomar las riendas del poder y volver a la dictadura, creando una junta militar presidida por él mismo, por el Teniente General Jaime Milán del Bosch y por el General Alfonso Armada.

Algo más de quince horas permaneció secuestrado el Parlamento. Sin embargo, en la madrugada ocurrió un milagro. Don Juan Carlos I uniformado y con los galones de Capitán General de los tres ejércitos – la máxima autoridad castrense -, apareció como el salvador en los televisores de todos los españoles. Con voz sosegada dijo que conminaba a los golpistas a deponer su actitud y a dejar las armas. El mensaje dejó tranquilos a los españoles. El golpe había fracasado. Así, entre estertores arrancaba España la década de los ochenta.

¿Y México? el país azteca causó una inflexión en la primera visita oficial de Don Juan Carlos y Doña Sofía en 1978. Nunca los monarcas se esperaron un recibimiento tan cálido del pueblo mexicano.

La primera parada fue Cancún, aunque se trataba prácticamente de una escala técnica porque continuaron su viaje a Ciudad de México. El recibimiento en el aeropuerto de Cancún fue al son de los mariachis y con miles de personas que les jaleaban y proferían Vivas a España, entre flores y regalos. Poco tiempo después los monarcas aterrizaron en el aeropuerto Benito Juárez en Ciudad de México. Ahí comenzaron tal vez la visita de Estado que más les agradó y les impactó según propias palabras de Don Juan Carlos.

El pueblo mexicano se volcó literalmente con aquella visita. El agasajo a los reyes fue tal que llegó a abrumarles.

Pero además fue un viaje muy significativo porque hacía sólo diecinueve meses que las relaciones diplomáticas se habían reestablecido y quedaban aún aristas demasiado ríspidas como para que pudieran limarse. Sólo el tiempo cicatrizaría aquellas heridas

En la cena de Estado de despedida antes de partir hacia Lima, Perú, Don Juan Carlos ofreció un discurso en el que habló de la “quiebra del espíritu de unión entre los españoles porque inició un proceso doloroso y violento, descarnado y fratricida que había que enlutar a toda España” Don Juan Carlos se refería a la Guerra Civil española. Aquellas palabras del regente iban dirigidas a la inmigración española que constituyó una de las constantes del viaje de los reyes a México en pos de una definitiva reconciliación

Todo fueron loas a los monarcas. La prensa mexicana se hizo eco del insigne viaje. Por ejemplo el diario Excélsior que unificaba el aniversario de la revolución mexicana – el veinte de noviembre - con la muerte de Franco en los siguientes términos “los franquistas celebran su aniversario a su modo en España, con un intento paupérrimo de golpe de estado contra el gobierno constituido, cuando éste ha dado pasos firmes para una vida institucional democrática. El Rey en cambio otorga su reconocimiento a los valores humanistas de un movimiento progresista”

El comunicado final de la visita de los reyes a México en aquel viaje de 1978 rezaba que “los jefes de Estado coincidieron en que España y México se encuentran en una coyuntura propicia para consolidar una nueva era en sus relaciones”, se trataba de un comunicado firmado por Don Juan Carlos I y por José López Portillo. Aun así quedaban varios flecos por afinar; sin embargo el grueso de aquellas relaciones ya estaba construido.

El interés de la Corona española por ese viaje se evidenció en las visitas que realizaron por diferentes ciudades de la República. Fueron cinco en total, Ciudad de México, Guadalajara, Guanajuato, Veracruz y León

Los guiños de España a México por romper el hielo y estrechar los lazos eran evidentes. En ese viaje, Don Juan Carlos se reunió con la viuda del presidente republicano Manuel Azaña. España necesitaba por todos los medios volver a la senda de la construcción de las relaciones. México era la punta de lanza hacia el resto de los países de América Latina que aún veían con resquemor aquella España que se despertaba de la dictadura franquista.

Pero por el lado mexicano también hubo guiños relevantes. Fue conocido como una importante televisora mexicana apoyándose de su corresponsal en España Joaquín Peláez realizó una extensa nota para contar que se había alfombrado de claveles la Gran Vía como rezaba el chotis del maestro Agustín Lara. Y fue literal. Se cortó una pequeña parte de la calle y se llenó de pétalos y claveles. Al día siguiente la noticia salió en todos los noticieros de la época. Era otro guiño de México a través del himno de Madrid del maestro Agustín Lara.

Pocos años mas tarde, en 1980 cuando todavía las relaciones no estaban encajadas del todo, surgió una brillante idea por parte de los periodistas Joaquín Peláez de España y Jacobo Zabludovsky de México. Salamanca 80 se urdió en un restaurante de Nueva York al calor de dos whiskys. Ambos comunicadores pensaron como unir más la cultura de ambas naciones. Para ello convocaron a los más conspicuos literatos de ambos países. En diferentes talleres hablarían de literatura, de la unión de España y México desde las letras, del español como idioma común de ambas naciones.

¿Por qué Salamanca? Porque se celebraría en su universidad, una de las más antiguas del mundo y de las más importantes del mundo hispano. Y allí, en la Universidad de Salamanca convivieron por unos días Dámaso Alonso y Octavio Paz, Torrente Ballester y Juan Rulfo, Camilo José Cela y Juan José Arreola, Fernando Lázaro Carreter y Luis

María Ansón, José Luis Martínez y Víctor García de la Concha, Miguel Delibes y otros académicos y pensadores que buscaban un mayor número de sinergias a través del español. El niño era ya adolescente y tuvo la fortuna de poder ir a aquella Salamanca gracias a su padre. Allí conoció a la intelectualidad que unía ambos países. Allí reafirmó su vocación periodística y su amor al humanismo.

México y España seguían limando asperezas en los ochenta. La interrupción de los embajadores mexicanos en España tuvo lugar el 1 de enero de 1940 cuando el general Cárdenas suprimió la legación mexicana en Madrid en solidaridad con el bando vencido. No sería hasta el 28 de marzo de 1977 cuando se reabrió. El uno de julio Gustavo Díaz Ordaz fue nombrado embajador. Estuvo tan sólo quince días en el cargo. Se trató de una imagen de moderación institucional. Había sido presidente de la República y México tenía que enviar a la máxima autoridad en un claro mensaje de comenzar bien las relaciones desde los prolegómenos.

Le sustituyó José Gómez Gordo quien estuvo interino sólo unos meses. Fue realmente Francisco Alcalá Quintero quien permaneció tres años al frente de la legación diplomática, con quien empezó de “facto”

Todos los siguientes embajadores, Rodolfo González Guevara, Alfredo Baranda, Enrique González Pedrero, Jesús Silva Herzog, Ignacio Pichardo Pagaza, Rodolfo Echeverría Ruiz, Juan José Bremer, Gabriel Jiménez Remos, Jorge Zermeño Infante, Francisco Ramírez Acuña, Roberta Lajous y la actual María del Carmen Oñate, tuvieron papeles muy significativos. González Pedrero trajo la cultura y el conocimiento. Silva Herzog la economía, Roberta Lajous la diplomacia. Pero hay dos embajadores que tal vez sobresalieron. Por una parte, Rodolfo Echeverría del que ya hablé antes. El embajador Echeverría conocía

perfectamente los entresijos de aquellas relaciones. Él mismo las había pergeñado con otros actores.

Por otra parte, Jorge Zermeno Infante, quien fue presidente del Congreso de la Unión, le otorgó el toque de humanidad que le hacía falta a cualquier embajada. La Residencia de la Embajada no era sólo la residencia. Se trataba del lugar de encuentro de muchos mexicanos y españoles que vivían en España, y eso, eso también ayudó a reactivar las relaciones entre ambos países.

La unión iba construyéndose despacio, desde los cimientos. Algo parecido le estaba ocurriendo a la transición democrática española.

Además de toda la historia que conté anteriormente, hubo dos momentos en los ochenta que contribuyeron a la consolidación democrática: el ingreso de España en la Alianza Atlántica y en la Comunidad Económica Europea que años más tarde se convertiría en la Unión Europea.

El gobierno de Leopoldo Calvo Sotelo – segundo presidente democrático de España – tomó el ingreso de España en la OTAN como bandera. España tenía que ingresar en el club castrense internacional si quería escribir el progreso. Los más relevantes países occidentales eran miembros de la OTAN y España tenía que salir de su pasado. Era algo más que un ingreso en el mundo militar. Se trataba de borrar las heridas pretéritas mirándose en países como Estados Unidos, Francia o Gran Bretaña. Era empezar a jugar en las grandes ligas.

A pesar de la resistencia de importantes grupos sociales y políticos, como el PC o el PSOE, el 30 de mayo de 1982 España se convirtió en

el miembro decimosexto de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Así como Adolfo Suárez sabía que su función era la de destruir todo lo que oliera a franquismo, a pesar de que él mismo fue Secretario General del movimiento y director de TVE – dos cargos de relevancia en tiempos del dictador -, Calvo Sotelo tenía la encomienda de construir sobre lo destruido. Tal vez era la primera piedra para mirar hacia el progreso.

Cada individuo es responsable de sus actos y sus palabras. Eso fue lo que tuvo que pensar el presidente Felipe González cuando convocó el referéndum de permanencia en la Alianza Atlántica. Felipe González argumentó que la permanencia en la OTAN dependería del ingreso de España en la CEE. Fue un órdago en toda regla. Tendría que convocar dicho referéndum una vez que España ya formara parte de la CEE. Pero se convirtió en un rehén de sus propias palabras.

El principal enemigo para que ingresara España en el club internacional castrense en 1982 había sido precisamente González. Se debía a su electorado progresista, muy contrario a la Alianza Atlántica. Pero una vez que llegó al poder supo que España no podría marcharse a menos que volviera a la involución. A España le había costado demasiados esfuerzos mirar hacia el futuro. Ahora, un referéndum podría dar al traste con los nuevos planes si España salía de la OTAN. González se lo iba a jugar a un volado aunque no le quedaba más remedio que aceptarlo.

Tras muchas vicisitudes y resistencias, España ingresó finalmente en la Alianza Atlántica el 30 de mayo de 1982. Con ello fue sellándose el futuro de España, aunque tardaría en borrarse la dictadura franquista. Pero hacía falta más. Hacía falta mucho más para que España pudiera dejar definitivamente su pasado, un pasado que tenía aristas todavía con demasiado filo

El siguiente paso – tal vez el más importante – era el ingreso de España en el Mercado Común Europeo, que años más tarde se convertiría en la Unión Europea. Esta unión de naciones de Europa tuvo su génesis en los políticos europeos de mediados del siglo XX, entre otros el canciller alemán Konrad Adenauer, el antiguo ministro de exteriores francés Robert Schuman, o el antiguo primer ministro italiano Alcides De Gásperi. Ellos y algunos más entendieron que la única manera para salir del marasmo de la Segunda Guerra Mundial era la unión entre las naciones. Nació así la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos fueron los países fundadores.

En 1957 se firma el Tratado de Roma por el que se constituye la Comunidad Económica Europea. Como consecuencia del florecimiento económico el 1 de enero de 1973 Dinamarca, Irlanda y Reino Unido también ingresan en dicho club.

Éste se iba haciendo más selecto, pero también más inclusivo. Los cimientos de la casa europea ya estaban puestos. El fin ulterior de los próceres de la Unión, era la creación de los Estados Unidos de Europa, algo que todavía no es un hecho pero que se trabaja en ello con ahínco.

En el salón de columnas del Palacio Real de Madrid, el entonces presidente Felipe González Márquez, firmó el 12 de junio de 1985 el Acta de Adhesión de España a la Comunidad Europea. González rubricó con Don Juan Carlos I, como testigo de honor y los entonces ministro y viceministro de asuntos exteriores de España Fernando Morán y Manuel Marín el ingreso formal de España en la Comunidad. Ese mismo día Portugal, el país vecino de España hizo lo mismo en Lisboa. Fueron unos meses de adaptación y finalmente el 1 de enero de 1986 España ingresó como miembro de pleno derecho a aquel club.

De nuevo seguía mirando hacia el futuro, pero no sólo desde el plano político y social

Las canonjías económicas que recibió España de la Comunidad durante los primeros años fueron muy suculentas. De hecho, España se benefició con los famosos fondos de cohesión, unos fondos que otorgaba Bruselas a los países del sur europeo que eran los menos desarrollados desde el punto de vista económico.

Fueron los años de la eclosión de las carreteras, los medios de transporte y especialmente el famoso AVE – Tren de Alta Velocidad -. La primera línea fue Madrid – Sevilla. Veinticinco años más tarde España tiene prácticamente todo el territorio conectado con la alta velocidad.

Las pequeñas empresas y los agricultores fueron los que más se beneficiaron del dinero que llegaba de Europa y que ayudó a que España pudiera despegar.

Probablemente sin el ingreso de España en la OTAN y en el Mercado Común Europeo, la Península Ibérica sí hubiera salido de la rémora franquista pero a un precio aún más alto y sobre todo con una duración mayor en el tiempo. Con aquellos ingresos España pasó de ser tortuga a ser liebre.

Para la Unión Europea, México fue un socio preferente. En 1997 firmaron un acuerdo de asociación económica, concertación política y cooperación. Este acuerdo, conocido como Acuerdo Global, incluía una parte sobre comercio abierto, que básicamente abría el comercio de mercancías. Este acuerdo entró en vigor en el año 2000. En la

actualidad está en vigencia otro acuerdo global que traspasa los límites del comercio y se adentra tanto en México como en la Unión Europea en cooperaciones en el cambio climático y los derechos humanos así como el combate en la lucha contra la pobreza o la investigación sobre nuevos medicamentos.

México supo ver las posibilidades que podía obtener en sus relaciones, primero con la CEE y luego con la UE, con España como puente con el resto de los países de la Unión.

El mercado comercial se abría como un abanico con exportaciones más sencillas y en muchas ocasiones con aranceles más bajos. Para México el ingreso de España en la Unión Europea supuso también un acicate para expandir su industria y su comercio.

El joven periodista vivió el ingreso de España en la OTAN y también en la CEE. Vivió con tristeza y angustia los atentados de ETA en los ochenta y noventa. Entre tanto realizó la cobertura de veinte guerras que le convirtieron en un testigo privilegiado de la historia de la Humanidad de los últimos años del siglo XX y de los proemios del XXI. Lo que al principio había sido la curiosidad de un niño se convirtió en la obsesión constante por narrar los avatares de la historia y ser testigo preferente de la misma y también de la intrahistoria de la que hablaba Don Miguel de Unamuno, esa que, con nuestro trabajo hacemos todos los días.

Insisto en la Guerra Civil Española y en la dictadura porque los dos fantasmas aún están vivos, cada vez menos, pero recorren todavía el ADN de todos y cada uno de los españoles.

Pasaron los años y la España en blanco y negro se hizo policromada. La transición se cerraría con el tiempo y la experiencia democrática. Pero todavía faltarían eventos que tendrían que colocar a España en la esfera internacional. El gobierno de Felipe González se había propuesto el lanzamiento de España a nivel global. Había que desterrar la imagen rústica y de pandereta que era como una rémora.

Dos eventos mundiales fueron los que colocaron a España en el mapa.

El 25 de julio de 1992 el deportista olímpico Antonio Rebollo fue el encargado de encender la llama olímpica de Barcelona. Con sangre fría lanzó una flecha a ochenta y seis metros y pegó de lleno en el pebetero olímpico. El lanzamiento se realizó entre la espectacularidad y la congoja. Aquel acto heroico de cómo encendió la flama fue el principio de colocar a Barcelona y a España en el mundo.

Durante quince días sólo se habló de España. Incluso a nivel deportivo. Consiguió por primera vez veintidós medallas, trece de ellas de oro, siete de plata y dos de bronce. Pero además aquellos juegos sirvieron para que visitaran el país ibérico los mandatarios de la mayoría de las naciones además de actores, cantantes y otras celebridades que coparon los medios de comunicación. Y algo más. Los turistas llegaron por millones y España consolidó uno de sus sectores más importantes que fue el turismo. Los reflectores estaban puestos en España y España tenía que dar el do de pecho. Aquellos juegos fueron los primeros olímpicos que se realizaban en un país hispano hablante después de México en 1968.

El otro gran evento fue la Exposición Universal de Sevilla en el año 92. Se trató de un evento en el que cada país que participó – fueron ciento catorce – mostraba sus bondades al mundo. La Expo la visitaron más

de quince millones de personas. Como en los Juegos olímpicos, casi todos los jefes de estado o presidentes de gobierno de todas las naciones que participaron visitaron Sevilla. El príncipe Carlos y Lady Di, el presidente polaco y líder en solidaridad Lech Walesa, el presidente ruso Mijaíl Gorbachov, el de Francia François Mitterrand, los reyes Carlos y Silvia de Suecia, el rey Harald V y Sonia de Noruega, la reina Margarita de Dinamarca fueron algunos de los más ilustres personajes que visitaron la Expo que, como los Juegos Olímpicos le otorgaron la medalla de oro a España en el mundo.

No puedo concluir esta disertación sin hablar de la figura más relevante del último siglo en España. Me refiero al rey Don Juan Carlos I. Sin esa figura nunca habría sido posible el paso de la dictadura a la democracia.

A pesar de haberse criado a los pechos del dictador, el monarca sabía que no tenía más remedio que destruir toda la estructura autárquica si quería hacer la casa de la democracia.

Muchos le tildaron de traidor. En un principio Franco le designó como su “sucesor”. Sin embargo, él mismo sabía, muy en el fondo que su dictadura moriría con él.

En noviembre de 1975 el cuerpo de Franco quedó enterrado en el Valle de los Caídos, aunque muchos años más tarde sus restos serían exhumados para ser de nuevo inhumados en el cementerio de Mingorrubio en Madrid. Pero con su cuerpo en el camposanto también quedó enterrado su ideal. Franco lo sabía.

El joven que coadyuvó a la desaparición de la dictadura fue el mismo que puso la dinamita para acabar con ella. No tenía otra opción. No tenía más remedio si quería que España mirara al progreso

En los últimos años Don Juan Carlos I se ha visto envuelto en varios escándalos. Sus veleidades extramatrimoniales, la caza de animales exóticos en África, los excesos de algunos miembros de su familia y el cobro de comisiones sin pagar a la Agencia Tributaria española, contribuyeron a crear una imagen negativa del rey.

La memoria del español es cortoplacista. En el imaginario de muchos quedaron sólo los postreros cinco años que fueron los de los excesos y las excentricidades. Pero en el cómputo global fue mucho más importante lo que hizo durante los otros treinta y cinco años de reinado.

La historia reciente de España no podría escribirse sin esa figura tan toral.

En la España actual muchos no conectan con la monarquía parlamentaria. Sólo conviene recordar que la historia de los últimos diez siglos fue escrita a través de la monarquía. Gran parte de los regentes, absolutistas, los primeros feudales, los últimos liberales y demócratas. Pero con todos los claros y oscuros, la Monarquía en España ha sido el garante de la estabilidad social.

Los dos experimentos republicanos fueron trágicos. La Primera República duró casi dos años. Terminó con el General Manuel Pavía subido en los lomos del caballo y entrando en el Congreso de los Diputados.

La Segunda República fue aún más sangrante. Aquella época ansiaba la libertad. España venía de la dictadura de siete años de Miguel Primo de Rivera. La República desembocó en una guerra civil fratricida de tres años que acabó con cerca de un millón de muertos y una España polarizada en dos bandos que todavía despide en algunos sectores, rencores atávicos que la transición democrática española intentó cicatrizar.

El niño fue joven y luego adulto. Vivió toda aquella época como algo propio y lo atesoró para que sus hijos y los hijos de sus hijos recordaran que España, un día salió de sus propias heridas históricas y cauterizaron para llegar a la España actual.

España tuvo a México como su hermano más allá del océano, más allá de los mares y sabía que seguiría caminado con México por el resto de la historia de los tiempos. Aquel niño era Alberto Peláez.